

El Teatro Romano

Llevado solo, por el afán de colaboración en todo aquello que a mi Ciudad concierne escribo estas líneas refiriéndome al Teatro Romano para hacerlo ver con la sencilla majestuosidad que se ofrece a los visitantes.

Empezando su trayectoria descriptiva desde lejos no nos enteramos claramente de su existencia por las indicaciones que hay en la carretera y si encambio y, en tres idiomas dentro de Sagunto. Siguiendo la majestuosa flecha azul indicadora, se llega a otra trilingüe también clara del camino que debe seguirse, luego otra y ya la sinuosa y empinada calle colaborando con la intuición nos lleva a su entrada, donde la indicación es vieja, descolorida y un tanto dudosa.

Al dejar el camino de acceso al Castillo, aventuramos a subir por molesta y resbaladiza escalera, que al culminar y en corto pasillo se enfrenta con puerta de hierro que desprestigia a los artesanos valencianos.

La cosa cambia al entrar, lo que en principio creímos sería quizá un redil (Tapia construida en el año 1860), al transpasar su umbral vemos ya claramente que lo que encierra es el grandioso Teatro Romano de Sagunto declarado Monumento Nacional el 16 de Agosto de 1896, y así lo admiramos con sus paretones y gruesos muros, colosos arquitectónicos destrozados pero, empapados de historia y gloria que se ve y se percibe, esa impresión es fortuita, por lo inmenso, por lo monumental, por lo extraño.

Dirigidos por la diestra subimos por escalera un tanto dulce y serpenteante a la escena, y según se corona ya va dibujándose claramente la figura desgarrada pero armoniosa de sus graderios en la izquierda y el pareton silencioso, erecto y liso pero rayado por la simetría de la colocación de sus limpias y grises piedras a la derecha.

Al coronar y situarse en el centro de la escena, parece que invita un tanto la visión de tan maravillosa obra a sosegar para disfrutarla en toda la gama de facetas que su contemplación nos envuelve. Si, su majestad es inmensa, su audición silenciosa sobrecoge y su estado apesadumbra, pero los restos e hitos que atestiguan su grandiosidad y simetría difuminan un tanto su fealdad por lo des-

truido para solo ver su belleza sólida, sugestiva e inenarrable de su conjunto.

Puestos en el lugar que quizá ocuparán Tito Livio o Plinio para apreciar mejor su conjunto geométrico, ya que por esto el lugar de la puerta regia nos atrae, vemos la colosal y empinada cávea en su totalidad, afeada un poco por la pared que la cerca, pero roto ese influjo por los armoniosos y coloreados muros y almenas del Castillo que festonean ese tránsito del gris oscuro de piedra levantina al azul fuerte de nuestro divino cielo.

La escena con sus tres cloacas de saneamiento perfila claramente el graderio que inicia el semicírculo de la orchestra de tres amplias gradas. A continuación seis filas de la ima cavea se ven interrumpidas por amplio pasillo donde y en sus laterales los dos mayores vomitorios desembocan con otros menores. Otras siete gradas se levantan desde este proecinctio para delimitar la categoría de acceso al orden ecuestre, finalizando con otros dos pasillos que claramente se aprecian sus alturas, dando acceso y delimitando el inferior a la ima cavea y el superior a media cavea en donde y simétricamente se ven cuatro vomitorios menores centrales y dos mayores en los extremos estos aun de entrada para los caballeros y los otros ya para el pueblo en la suma cavea.

Diez gradas se aprecian claramente a continuación y la destruida bóveda del pasillo subterráneo donde ya la mano devastadora del hombre se encargó de tan solo dejar pequeños indicios de lo que debió ser esta cávea.

En lo alto y en el centro mismo de tan grandioso recinto, se ve y aun parece que obsequie su pedestal el ofrecimiento de colosal estátua que bien de Emperador, dios pagano, constructor o figura mitológica debía presidir las representaciones.

Se aprecia al verlo en su conjunto el rayado geométrico de sus nueve escaleras radiales que armonizan aun más la personal figura de su graderio, notándose en estas la mitad de anchura y altura que en las gradas de asiento.

Aventuramos luego a internarnos por sus pasillos, iniciando esta visita por la colosal entrada de orchestra situada a la derecha. Asombra al pronto

su reconstrucción, magnífica por su consecución y soberbia por su justeza. Curioso como se aprecia en el tramo primero que es de escalera lo circular de sus muros como siguiendo el paralelismo de sus graderios.

Un pequeño vomitorio llama nuestra atención y luego a la izquierda el largo tunel que centra la visión resplandeciente del graderio opuesto y, a la derecha la ladera de la acrópolis escalonada por la mano del hombre para extraer la piedra azul que revestia la obra.

El pasillo dulcemente empinado, en penumbra por el contraste con el raudal de luz dejado atras no se olvida por su particular olor a piedra, fresca y construcción de tramos rectos. Tan solo a la derecha se aprecia un hueco donde aun hay señales evidentes de que existió una puerta, y a la izquierda los accesos continuados hasta tres iniciándose un segundo tramo más amplio con dos vomitorios y el frente tapado con piedras y tierra pero bien señalada la bóveda de lo que fué entrada y de las principales a este Monumento. Caso curioso es la «garita» existente en la izquierda no destapada, de escaso tamaño, circular toda y de magnífica factura.

Por el vomitorio más próximo salimos al hemiciclo. La panorámica sorprende y embriaga, desde tan solo los 80 metros sobre el nivel del mar donde este Monumento está construido se aprecia

el ahora sonrosado caserío saguntino, la cinta blanca del pedregoso lecho del Palancia desde donde se inicia la tupida alfombra verde, caprichosa en sus dibujos geométricos que llana y sumisa acaricia los montes y recibe a lo lejos las reverenciosas olas del mar.

Mirando al Teatro nos vemos ampliamente recogidos en su concha escalonada de cuatro mil metros de graderios en otro tiempo que ofrecen la sólida historia inmortal cantada por sus piedras gloriosas como claro exponente de su eternidad.

Al bajar y subir por su graderio comprendo aquella frase del Arabe Yacut no interpretada de «Cuando uno sube por él baja y cuando baja sube». Pues con el significado de esta paradoja, a mi modesto entender, quiso demostrar la grandiosidad y altura de nuestro Teatro y la fuerte impresión que le produjo el ascenso y descenso relacionándolo con el efecto contrario de su situación. Cuando el subía, el Teatro se bajaba con relación a su posición y cuando bajaba, cuan alto e imponente debía contemplarlo.

Termino diciendo que tenemos la obligación de airear las bellezas incomparables de nuestros monumentos, que nadie debe desertar de este noble empeño y que el estudio de nuestra historia y monumentos es un deber primordial, ya que nadie ama lo que no conoce ni se sacrifica por lo que no estima.

Fausto Plois-Caruana
Secretario del Centro Arqueológico Saguntino

Un sucedido curioso

Con motivo de la apertura de la Feria Internacional de Muestras de Valencia, vino para su inauguración el Embajador de Colombia, Excmo. Sr. D. Guillermo Valencia, hijo del famoso poeta colombiano del mismo nombre. Terminados los actos oficiales se despidió de las Autoridades diciendo al Gobernador Civil, que no se volvía a Madrid sin visitar antes Sagunto. El Gobernador llamó al Alcalde previniéndole la visita del ilustre diplomático, para el día siguiente y hora de las diez. Exactamente a la hora fijada apareció el Sr. Embajador en lujoso automóvil. Tras el saludo de rigor, solicitó el visitar las ruinas poniendo el Alcalde a su disposición un "Cicerone", se dirigieron al Teatro Romano. Bajaron del coche, traspusieron la entrada al monumento y con paso firme y en silencio empezaron a subir hasta llegar a la escena. Ya en el centro de ésta mirando hacia la summa cávea y castillo, rompió en sollozos.—¿Se ha hecho V. E. daño? preguntó alarmado el Cicerone.—¡En absoluto! Es que ha sido ilusión de toda mi vida llegar a Sagunto y leer en un instante veinticuatro siglos de historia.